

Dadey. En 1620 se ocupaban las ciudades de Pamplona, Mérida y Honda en la fundacion de algunas casas de la Compañía. Los PP. Vicente Imperiali, José Alitran, Pedro Ossat, Juan Gregorio y Mateo Villalobos, diseminados por los bosques ó esparcidos por las ciudades, en union de otros miembros del Instituto, consagraban su existencia á la civilizacion de los salvajes, y á inspirar en los españoles las virtudes cristianas.

Al mismo tiempo que llegaban á Caracas los PP. Juan de Arcos y Cabrera por los años de 1628, penetraban en el interior del país los individuos de la misma Orden Domingo Molina, José Dadey, Miguel de Tolosa, Diego de Acuña y José Tobalino. Para lograr buena acogida se presentaban con las manos llenas de presentes. En un principio, el aspecto de los europeos, y aun el de los Jesuitas, producía en los naturales una impresion de terror, que daban á conocer por medio de gritos inarticulados. Huían los infelices al aproximarse los europeos, y se ocultaban en cavernas inaccesibles; resignándose á toda especie de torturas antes de verse reducidos á la esclavitud. Pero á poco hallaron los Jesuitas el secreto de sus escondrijos; y sin otra brújula que su celo, sin otro equipaje que la esperanza, y sin otro abrigo que los árboles de las selvas, ni otro alimento que las raíces, segun refiere la *Historia de la Nueva-Granada*, por José Casani, se lanzaron á través de aquellas llanuras inmensas y de aquellos bosques vírgenes. Para encontrar á los bárbaros, tenían que luchar con las distintas variaciones del clima, y les era preciso arrostrar la ferocidad de los leones, tigres y leopardos, de que estaba infestado el país. Estos reyes de las selvas no fueron jamás un obstáculo para los misioneros, pues aunque algunos desaparecieron despedazados por las uñas de las fieras, y perecieron otros ahogados en las ponzoñosas articulaciones de las serpientes, les fue permitido por último abordar á los salvajes. Empezaban en seguida por ofrecerles provisiones para saciar su hambre, y telas para que cubriesen su desnudez; prodigábanles millares de testimonios de su ternura; prometíanles vivir con ellos y por ellos, al paso que protegerles contra las invasiones de los europeos; y, en premio de tantas fatigas, solo les exigían docilidad para dejarse amaestrar en la fe y ser felices por su medio. Así es como subyugados por el atractivo de tanta caridad, aceptaban gustosos los indigenas el yugo de Dios, que los libraba del de los hombres.

Los Jesuitas llegaron á civilizar aquellas tribus selváticas, y se ocupaban en fundar algunas residencias entre ellas. El arzobispo de Santa Fe les retiró toda jurisdiccion eclesiástica, á consecuencia de haberse esparcido el rumor de que en todos los puntos principales habian establecido vastos depósitos de mercancías, enriqueciéndose por medio del comercio. Esta imputacion, que veremos renovada diferentes veces, y que al tratar del Paragúay la hallaremos convertida en una cuestion de Estado, se apoyaba únicamente en hechos que la malevolencia ó la codicia se hallaban interesadas en presentar por el lado desfavorable. Al arriesgarse los Jesuitas á surcar el océano, sacrificando su existencia y su patria; no se habian propuesto seguramente entregarse á operaciones mercantiles: algo mas elevado era el fin que se proponian. Es verdad que para sustraer á sus neófitos á la rapacidad y corrupcion de los europeos, les distribuian por su mano los vestidos cuyo uso les habian enseñado, haciéndose en algunos puntos, bien que rara vez, comerciantes del baratillo. El arzobispo cediendo á las instancias de algunos especuladores españoles, y sin oírlos, los reemplazó en las misiones creadas con sus sudores. Desterrados de este modo de sus reducciones de Nueva-Granada, salieron sin demora obedeciendo á una orden, cuyo exámen dejaban en manos de la Santa Sede.

Los antagonistas más exaltados de la Sociedad; esos mismos hombres, que investigando incesantemente los archivos, y extrayendo del polvo de cuatro siglos los carcomidos manuscritos para desentrañar datos contra los Jesuitas, han tratado de arrancarlos de la tierra de los vivientes, no han podido alegar una sola prueba contra su voto de castidad, ni han podido acusar á uno solo de aquellos misioneros, que en medio de unas regiones donde imperaban, gobernaban y fallecian, á pesar de parecer en ellas el deleite una necesidad, de haber violado en lo mas mínimo esta virtud. El mismo Robertson, en su *Historia de la América*, tomo X, p. 27, confirma en estos términos la verdad de este aserto que jamás se ha desmentido: «Es singular, dice el escritor protestante, que habiéndose convenido los autores en censurar «la sensualidad y el desenfreno de los religiosos españoles, empleando para ello las expresiones mas severas, concurran todos «á defender la conducta de los Jesuitas. Lo cierto es que, ó sea «porque amoldados á una disciplina mas perfecta que la de las

«demás Órdenes religiosas no disfrutaban tanta libertad, ó por «hallarse quizás animados por el interés de mantener ileso el honor de la Sociedad, tan apreciado individualmente por cada uno «de sus miembros, han conservado siempre una regularidad de «costumbres irreprochable. Debe tambien hacerse la misma justicia á los obispos y á la mayor parte de los dignatarios eclesiásticos.»

La Francia no ha tenido hasta ahora misiones especiales; pero sus Jesuitas han secundado con toda su actividad el gran movimiento cristiano que procuraba imprimir la Santa Sede en el Nuevo Mundo. Enrique IV quiso utilizar la Compañía en las colonias con que dotaba su reino, estableciendo la mision del Canadá. Este movimiento civilizador pasó á ser una mina inagotable de riquezas y poderío para la Península ibérica: los Jesuitas sometian por medio de la fe una multitud mas inmensa de poblaciones á la corona de Carlos V y Felipe II, que las que conquistaron Pizarro y Cortés por medio de las armas; y mientras que les enseñaban á respetar y amar al Príncipe y á la nacion á quienes debian las luces del Evangelio, reemplazaban con la caridad, que doblega los mas perversos instintos, y con la educacion, que al fin triunfa de ellos, á las miserias de una vida nómada y á las crueldades de los primeros vencedores de aquellos países desconocidos. Comprendiendo Enrique IV, y después Richelieu, que la Francia no podia verse privada en lo sucesivo de esta palanca, y mas feliz tambien que Francisco I, cuyo almirante Verazani en 1523, y cuyo piloto Jaime Cartier en 1535, se habian contentado con izar su pabellon en los rios del Canadá, realizó el Bearnés el pensamiento de colonizacion francesa que habian en otro tiempo popularizado Cartier, Roberval, el almirante Coligny, el caballero de Gourgues, el marqués de la Roche y de Monti. Samuel de Champlain proyectaba en 1608 la fundacion de Quebec, y Petrincourt pasaba á desempeñar el gobierno de Port-Royal, siendo la primera de sus instrucciones el diseminar la fe por todos los medios posibles.

Con el objeto de dar mas extension á su pensamiento católico, encargó Enrique al P. Coton que designase dos individuos de su Orden para la mision del Canadá; pero Petrincourt, que abrigaba en su corazon la semilla del calvinismo, al paso que temia y detestaba á los Jesuitas, supo gobernarse tan perfectamente, que

se hizo á la vela sin ellos. Este incidente no desalentó sin embargo á los PP. Briard y Masse, quienes dirigiéndose desde Burdeos á Dieppe, solicitaron un flete en los navios que estaban para hacerse á la vela. Los armadores, que todos eran herejes, les contestaron que de buen grado acogerian en sus buques á cuantos sacerdotes quisieran embarcarse para Nueva-Francia, y que aun los mantendrian á su costa; pero que por ningun precio admitirian á los Jesuitas. Y tenian razon; hay entre ellos y los sectarios una perpetua guerra, y sin cuartel: sabian que todo país donde los Jesuitas sentaban el pié se transformaba de salvaje en civilizado, y de gentil en cristiano católico; y no querian hacerse instrumentos de una nueva conquista en beneficio de la Santa Sede y de la Sociedad, sus eternas rivales.

Su negativa tenia algo de tan lógico, que solo una mujer pudo revocarla. La marquesa de Guercheville, promotora ardiente de la mision, durante el reinado de Enrique IV<sup>1</sup>, supo sorprender la perseverancia de los Calvinistas, que se oponian á sus designios, con el aliciente del interés. Era rica, y dió á Biencourt, hijo del gobernador, sumas considerables: se asocia á la pesca y al comercio de peleterías que iba á emprender, exigiéndole por única condicion, que de las ganancias de su fondo debia sostener algunos misioneros: tratado ingenioso que franqueó á Briard y á Masse el camino del Canadá, á donde llegaron en 12 de junio de 1611.

Habian encontrado los Jesuitas opositores que trataban de interceptar su marcha, y no carecieron de ellos tampoco en el acto de desembarcar, hallándolos dispuestos para calumniar su mision. El contrato social realizado entre Biencourt y la marquesa Guercheville habia sido tan público, que nadie lo ignoraba; pero como la mayor parte de los colonos profesaban la secta de Calvino, se apoderaron del tratado comercial, y representaron á los Jesuitas como concurrentes peligrosos, que so pretexto de predicar el Evangelio desembarcaban en el Canadá con ánimo de arruinar

<sup>1</sup> La señora de Guercheville estuvo casada en primeras nupcias con el conde de La-Roche-Guyon. Talleman des Reaux refiere en el libro I de sus *Memorias*, que, «hallándose Enrique IV en Nantes, obsequió en gran manera á la condesa de La-Roche-Guyon, que era una señora hermosa y muy honesta; hallando en ella tanta virtud, que para darla una prueba de su aprecio, la hizo «dama de honor de la Reina su esposa, diciéndola: *Seréis dama de honor, por- que lo habeis sido hasta aquí.*»

su comercio. Esto no era verdad ni podía serlo; bastó para suscitar á los Padres nuevos obstáculos. Bajo aquel clima tan crudo, en aquellos sombríos bosques, en aquellas lagunas glaciales y en aquellas llanuras incultas, donde existian criaturas que solo tenían de humanas la apariencia, parécenos que los Jesuitas tenían otro asunto mas importante que desempeñar, y que sus transacciones exclusivas no parece regular que versaran sobre intereses terrenos: acudian con el objeto de practicar un gran deber; y como si los salvajes no fuesen suficientes con su ferocidad natural para entrabar los progresos del cristianismo, se lanzaban tambien los herejes á través de su paso.

Calumniábanlos, y no obstante se consagraron desde luego al trabajo. Para inaugurarlo, se dirigieron los misioneros primeramente al jefe de una tribu acadiana, llamado Marbertu, anciano centenario, á quien su valor y virtudes hacian respetar de todos, y que dotado de un ingenio perspicaz al par que de un juicio recto, no tardó en dejarse convencer, y el agua del Bautismo corrió sobre sus canas, aunque su ejemplo fue estéril por el pronto. Luego que Briard y Masse aprendieron á fuerza de estudio los rudimentos mas precisos de este idioma tan cadencioso como enérgico, se lanzaron en pos de los salvajes, dando principio á un apostolado difícil por medio de fatigas sin recompensa; tarea que practicaron hasta el año de 1613, en que los ingleses invadieron la naciente colonia. Rivales eternos de la Francia, al par que celosos de sus prosperidades, y dispuestos siempre á suscitarla enemigos, no podian los hijos de Albion habituarse con la idea de que en un tiempo dado sacaria del Canadá un nuevo manantial de riquezas, una salida fácil á su comercio, y un nuevo semillero de marineros para su escuadra. Los Jesuitas habian enarbolado el estandarte de la Cruz en las márgenes de San Lorenzo; allí, como en todas partes, podian muy bien someter aquellos pueblos á la religion de la metrópoli, y esto les bastaba para creer que habia sonado la hora de intervenir en el asunto. Inventando uno de esos errores británicos que encubren siempre un atentado contra el derecho de gentes, fingen tomar por piratas á los franceses; y sin preceder declaracion alguna de guerra, destruyen la aldea Pentacoët; arruinan enteramente á Port-Royal, asesinan al coadjutor Gilberto Thet, se apoderan de los Padres Briard y Masse, y los conducen prisioneros á la Gran Bretaña.

Varios sacerdotes Recoletos trataron de continuar la mision que con el extrañamiento de los Jesuitas se habia interrumpido; pero confesando su insuficiencia, solicitaron ellos mismos en 1625 caminar bajo la enseña del Instituto, en pos de las conquistas evangélicas. En esto, el duque Enrique de Ventadour, virey del Canadá, se ocupaba en Paris en proporcionar el pasaje de nuevos operarios para el continente americano: pensamiento que tambien secundaron el Jesuita Filiberto Noyron, su confesor, y el P. Cotton, lo cual realizó enviando sucesivamente al mencionado país los PP. Juan Masse, Breueuf, Lallemand, Fraqueneau, Noue, Lejeune Neyroy, y otros veinte sacerdotes mas de la Compañía.

Mientras que los hurones é iroqueses se hacian una guerra á muerte, los franceses, acorralados por los salvajes, no tenían hasta en el mismo Quebec otro alimento que las raíces que, á riesgo de perder la vida, iban á extraer de los bosques. El sitio de la Rochela habia servido de pretexto á los ingleses para apoderarse del Canadá: aliados de los protestantes franceses en Europa, los despojaban de sus posesiones coloniales; hasta que habiéndose concluido en 29 de marzo de 1632 el tratado de paz verificado en San German, á favor de ambas naciones, se vió precisada la Inglaterra á restituir á la Francia la referida colonia. Champlain, que habia sido su fundador, y que la habia defendido con valor al paso que gobernado con inteligencia, volvió á ella satisfecho de poder poner en planta sus planes ya formados en favor de los Jesuitas. Habia hecho comprender al cardenal de Richelieu, que para propagar el cristianismo en aquella parte de la América septentrional era indispensable no presentarle en fracciones, y sobre todo, rodear á los misioneros de autoridad y respeto; porque si se queria crear la unidad entre los indígenas, importaba primero hacérsela palpar entre los europeos.

En efecto, se prohibió á los Calvinistas el acceso al Canadá por medio de un real decreto; y una vez desembarazado el camino de todos los obstáculos, pudieron libremente los Jesuitas preparar el bien. Los canadienses habian tomado tal aversion á sus dominadores de la Gran Bretaña, que podia muy bien traducirse por uno de esos odios instintivos que se transmiten con la sangre. La mansion de los ingleses en aquel país, sus modales orgullosos y groseros, y especialmente su avidez, habian inspira-

do á aquellas tribus una especie de antipatia que no ha podido borrar el transcurso de dos siglos; agregándose á esto que poseian los naturales cierta afinidad de carácter é ingenio, al par que un valór y una ligereza que los hacia franceses casi á pesar suyo. Como los ingleses se hallaban expulsados de aquel continente donde habian provocado una eterna repulsion, pudieron los Jesuitas entregarse con toda libertad á popularizar la Religion y el nombre de la Francia; y como poseian el triple secreto de civilizar á los salvajes, de tolerar toda clase de miserias, y de morir con todo género de suplicios, hicieron uso de él en América, á la manera que lo practicaban sus hermanos diseminados por el Asia y el África, evangelizando en el seno de los reinos idólatras, en el interior de los bosques, y en los archipiélagos.

Las cuatro naciones mas poderosas que habitaban la mayor parte del Canadá, eran los hurones, algonquinos, iroqueses y montañeses: los primeros, que ocupaban una comarca entre los lagos Erié, Huron y Ontario, eran fecundos en recursos, elocuentes y esforzados, y tenian un ingenio despejado aunque algo inclinado á la superchería. Esta mezcla de buenas y malas cualidades estimuló á los misioneros á dirigirse desde luego á estos salvajes. Encamináronse á este puntó los PP. Brebeuf, Daniel y Davost, mientras que otros se adelantaron hácia los Tres-Rios, donde trataron de despertar en el corazon de los naturales algun sentimiento de la Divinidad. Los canadienses, que vivian siempre en una lucha continua con las tribus vecinas, no creian sino en la fuerza bruta, no tenian idea alguna del cristianismo, y á pesar de eso eran extremadamente supersticiosos, y otorgaban su confianza á sus juglares. Empeñóse desde luego un combate entre sus maleficios y la moral cristiana, que fue prolongado, aunque por fin triunfó la moral de los groseros instintos y de la crueldad tradicional. Probóse lo mismo con los montañeses y los algonquinos, y produjo los mismos resultados. Cuando los misioneros hubieron interrogado sus trabajos pasados y sus esperanzas futuras, todos convinieron en que la tierra era fértil, y merecia ser bañada con sus sudores ó con su sangre.

En 1635 fundó el marqués de Gamaches un colegio en Quebec; pero era necesario un gran sacrificio para obligar á los indígenas á separarse de sus hijos, y de consiguiente nada estable ni posible podia ser realizado mientras que no renunciassen á aquella vi-

da nómada que los Jesuitas compartian con ellos, y cuyos inconvenientes conocian muy á fondo. Importaba reunirlos en sociedad, inspirándoles con las costumbres sedentarias la aficion á las artes mecánicas y á la agricultura; y habiéndolo así manifestado al gobernador de Sillery y á otras familias francesas, trataron estos de ponerlo en ejecucion. Enviáronle al P. Lejeune algunos operarios nuevos; construyeron algunas habitaciones y talleres, y dieron á esta primera colonia cristiana el nombre del Gobernador.

La mision del Canadá seguia diverso rumbo de las demás. Obraba apoyándose en los sacrificios de los seculares, que aliaban las mas veces el nombre de la Francia á los beneficios que los salvajes estaban llamados á disfrutar. No desconocian los Jesuitas que para consolidar su obra necesitaban nuevos auxiliares; porque sus dias estaban tan ocupados y tenian que atender á tan distintos negocios, que les era imposible dedicarse á la educacion de los jóvenes, y acudir al mismo tiempo al servicio de los enfermos. Después de reservarse los ejercicios de la oracion y predicacion, como tambien la inspeccion del cultivo de los campos y demás obras exteriores análogas á su apostolado, seguian á los salvajes en sus lejanas correrias, sin abandonarlos jamás, ora bajo los ardores del sol como en medio de las nieves y hielos; exponiéndose á sus infantiles caprichos; dejábanse arrastrar en pos de las fantasias de una imaginacion sin freno, y aun á veces se veian precisados á asistir á sus orgias, que pasaban á ser cruentas á causa de la embriaguez, aun entre los miembros de una misma familia. Otras veces los acompañaban por los rios, subiendo ó bajando con ellos, encorvándose para impeler los remos de sus piraguas de corteza de árboles, y sufriendo con ellos las fatigas del hambre, de la sed y de la intemperie; pero esta actividad sin objeto determinado, este espectáculo de reyertas sin motivo dado, y esta incesante mutacion de lugares, cuyo fin ni aun los mismos salvajes hubieran podido explicar, debian tener un término para los Jesuitas, y este término no podia ser otro que el establecimiento del cristianismo. Al sacrificarse á las penalidades de aquella existencia vagabunda y nómada; al separarse de sus hermanos durante el espacio de largos años, ora para internarse en los bosques para la caza de los osos y castores, ora para costear los rios y pantanos, existia en el corazon de cada uno de los misioneros un pensamiento ulterior de civilizacion y humanidad. Después de haber

habitado largo tiempo con estas hordas errantes, sometiendo sus gustos europeos y sus ideas mas gratas á las pasiones egoistas y turbulentas de aquellos bárbaros, llegaban á hacerse amar de ellos, por lo mismo que se habian asociado á sus placeres y dolores, y habian tomado parte en sus peligros; eran escuchados primero por un instinto de gratitud, después por otro de curiosidad; y como habian sido testigos de la intrepidez y virtudes de la *carne blanca* de Quebec, se dejaban ganar por una religion, cuyos ministros eran tambien sus compañeros y amigos.

Luego que el agua bautismal habia sancionado el neofitismo, se desarrollaba en aquellas naturalezas robustas la necesidad de ser hombres: habíales hecho el Jesuita, en medio de sus arriesgadas correrías, una pintura tan risueña de lo que es un pueblo reunido bajo las leyes del cristianismo, que extinguiéndose en ellos el instinto feroz, habian dado lugar en su corazon á ideas mas generosas; llamábalos á la civilizacion, y procuraba hacerla comprensible y amable, ofreciéndosela especialmente bajo el aspecto mas consolador. Los misioneros alemanes, italianos, portugueses y españoles, residentes á la sazón en el Nuevo Mundo, no habian encontrado, ni en los recuerdos de su patria, ni tal vez en la misma sublimidad de su abnegacion, la caridad de aquellas mujeres, que agregaban la gracia y afabilidad de su sexo á la energia y entusiasmo del viajero sacerdote.

Solo los Jesuitas franceses llegaron á comprender, porque ya lo sabian, la especie de socorros que una mano mas delicada y una voz mas tierna debian ofrecer á los salvajes.

Sabian que en Francia la mujer era á la sazón llamada á ejercer un gran apostolado por medio de la caridad. Ella era en ese reino la fortuna del pobre, el consuelo del afligido, y una madre con un corazon virginal para los huérfanos. Abrazaba al mismo tiempo todas las miserias como otras tantas hermanas que reservaba el cielo á su ternura; renunciaba á la felicidad de la existencia para consagrar su juventud y belleza á cuantos seres padecian sobre la tierra. Los Jesuitas trataron de franquearle un campo mas vasto, pidiéndole que pase á santificar su mision, á inspirar á las jóvenes canadienses el instinto del pudor y de la virtud, y á prodigar á los enfermos las atenciones de la beneficencia cristiana. Oido este deseo por la duquesa de Aiguillon y la señora de La Peltrie, remitieron al Canadá algunas Hospitalarias

y Ursulinas de las residentes en Dieppe, dirigidas por el P. Bartolomé Vimond, superior general de la mision, quienes desembarcaron en Quebec el 1.º de agosto de 1639. Deseando hacer apreciar á los naturales la importancia del refuerzo que se les enviaba, al paso que iniciarlos en las consideraciones y honores con que debian acoger á la caridad; después de saludar la toma de posesion con salvas de artillería, se unieron el gobernador, los magistrados y el ejército para hacer mas solemne esta entrada triunfal; y al dia siguiente, aquellas religiosas, á quienes habia congregado un mismo heroismo, se separaron para ser, cada una, segun su regla, las criadas de los enfermos, ó las maestras de los salvajes, que las respetaban como al ángel del buen consejo, al paso que las hacian tomar parte en sus juntas, y escuchaban con docilidad su dictámen. Los Padres se valieron de este sentimiento, para dar incremento á la obra que las francesas habian emprendido.

En tanto habian conseguido los Padres resultados felicísimos: fundábanse por todas partes numerosas reducciones; y apenas estaban formadas se llenaban de hurones, algonquinos y montañeses. En Sillery, la Concepcion, San Ignacio, San José, San Francisco Javier, San Juan Bautista, San Joaquin, Santa Isabel, Santa María y otras varias poblaciones consagradas al reconocimiento ó á la piedad, existia un pueblo entero de hermanos, que vivian bajo la regla de los Jesuitas; continuando unos la obra de la mision á través de los bosques y de los rios, y madurándola otros en el seno de aquellas tribus, ó preparándola en el colegio de Quebec, y siendo para sus neófitos los *Hombres del Dueño de la Vida*, que les habian enseñado la sobriedad y el pudor, como tambien el trabajo y el amor á la familia. «Su devocion, refiere «un viajero inglés y protestante<sup>1</sup>, hizo en mi ánimo una impresion «demasiado profunda para pasarla en silencio, y me condujo á «observar que son dignos de grandes elogios aquellos sacerdotes, «que por medio de un celo infatigable y con el ejemplo mismo de «sus virtudes, han convertido al cristianismo una raza de salvajes, «aumentando por la regularidad de su conducta el respeto que «aquellos piadosos indios les profesan, lo mismo que á su culto.»

Los iroqueses, raza indomable y cruel, siempre en guerra con

<sup>1</sup> Viaje por el Canadá y por la bahía de Hudson, traducido del inglés por Billecocq.